

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Cuarto de hotel en Illamas

Al entrar a Querétaro llama la atención la cantidad de niños de la calle, media docena en cada esquina rumbo al centro. Lo segundo fue la cantidad de visitantes. En el centro histórico resultaba difícil caminar, debido al comercio ambulante y a la gente yendo de un lado a otro. No había sido fácil hallar el hotel. Desde la carretera, una flecha indicaba la entrada al Centro Sur. Nuestro hotel estaba en la calle de Corregidora Sur 188-B. Íbamos a tener dificultades para dar con él, intuí. Pero el problema de la señalización no es privativo de Querétaro. ¿Qué clase de centro era aquel centro cuando que era necesario diferenciarlo del Centro Sur? Tal Centro debía tener sin duda norte y este y oeste. Mas ¿era tan grande como para especificarlo? No, los comerciantes se habían negado a quedar fuera del Centro Histórico. Iniciamos la búsqueda a partir de un punto en el cual, el hotel había quedado atrás. Una agente de tránsito con gafas de miope se quitó los audífonos del iPod para decirnos que el hotel estaba seis cuadras al norte. Mintió, o no quiso pasar por ignorante. Petunia tuvo que hablar por teléfono al Amberes. Precisado el rumbo, le dijeron que el estacionamiento era “subterráneo”. Más focos rojos. Cuando vimos la abertura del estacionamiento y la rampa vertical y con curva, cual entrada a una cueva, temblamos como ardillas asustadas. Una camioneta intentaba salir a lo que daba el motor. La abertura era para la entrada y la salida de vehículos. Pero el aviso, una flecha con dos puntas, se ve si uno llega en sentido contrario.

A partir de la caseta de cobro en el DF, hicimos dos horas a Querétaro. El viaje transcurrió sin novedad, mientras no atendimos las indicaciones de la autopista. El cuarto 417 del Amberes me llamó la atención porque sus ventanas daban al poniente. A la salida del DF, en Satélite, un hotel de cadena gringa tiene el costado hacia el poniente sin ventanas. Una pared “ciega” como de ocho pisos. En Querétaro, el 417 estaba tan caliente como una vivienda con techo de lámina a las doce meridiano. Lo más bajo del aparato del clima eran catorce grados. Feliz, lo puse en dieciocho. La temperatura ideal para escribir. Pero no enfriaba y de pronto el marcador subió a 24 grados. Otras cosas (las maletas) me distrajeran.

Salimos a caminar y tomamos un refrigerio en una cafetería. La población de mendigos era de 65 “en tiempos normales”, leí en un diario local. Por estas fechas sumaban 225, y el año pasado fueron sólo 125.

El secretario del gobierno municipal, José Luis Alarcón Neve, no supo explicar por qué. Acaso el reportero no le preguntó. Luego de otra caminata comimos en un sitio que anunciaba mojarra frita, que no hubo. Así que probamos las enchiladas queretanas. De queso y de papas. Petunia y los chicos acordaron viajar en tranvía por los sitios históricos y turísticos. Un tranvía con ruedas de hule. En la ciudad, los camiones se llaman taxibuses pero no tienen taxímetro. Cenamos en un sitio llamado Torrijas. Las torrijas en Querétaro se llaman, muy castizo, torrijas.

Yo volví al hotel. Quería dormir una siesta, sagrada para los costeños. Pero el 417 parecía estar en Illamas. El termómetro del clima señalaba 24 grados. Hablé a la administración. No había clima porque estábamos en invierno. Con ese criterio temí que sólo hubiera agua caliente... Sin haber dormido un segundo, el administrador reiteró horas después la información absurda. Vestido de negro y de tez cerúlea, el tipo no solía ver a la cara sino hacia la izquierda y hacia arriba Pero este invierno es como verano, le dije. Debiera estar el clima frío no la calefacción. El tipo se enredó en un galimatías a lo queretano. Como seguía viendo de lado, intenté mirar qué veía. Nada. El vacío. Por fortuna íbamos a estar en el Amberes una sola noche. Le recé a mis dioses para que a nuestra salida del subterráneo no entrara otro vehículo. (Sábado 29 de diciembre del 2007).

La importancia de tener una mesa

La familia se había ido de paseo mientras yo intentaba ahora sí dormir una siesta. En Querétaro había sido imposible con 24 grados dentro del cuarto. Ahora, en Guanajuato, abrí la habitación 116 del Hotel Posada Santa Fe y confirmé la sospecha que me había echado a perder las enchiladas mineras... En efecto, no había mesa en la habitación. Sólo una silla y una cómoda alta. Si pensaba escribir iba a hacerlo de pie. Aunque siempre deseché la idea de terminar escribiendo como Hemingway. Soy demasiado comodino. He demostrado por años mi capacidad inagotable para permanecer horas tecleando, sentado. He deshecho tantas sillas como máquinas de escribir y ahora computadoras. Una y otra por cada mamotreto en promedio. Angustiado, empecé a buscar en el cuarto y hallé un pequeño espacio para la compu en el buró. Faltaba que Petunia me permitiera mantener encendida la lámpara para el tecleo nocturno.

Podía pedir una mesa, discurrí ya un tanto calmado. Le hablé a Petunia a su móvil. Estaban subiéndose al funicular. No debía preocuparme. Ella iba a pedir la mesa. Pero mi siesta había sido frustrada. Entonces leí varias páginas de Una historia de amor y oscuridad, de Amos Oz. Me detuve sólo cuando regresó la familia. A Petunia le habían dicho

que iban a hacer el intento de conseguir una mesa, sin garantizar nada. Una simple mesa. Aunque fuera de plástico... En el cuarto 122, los chicos tampoco tenían una. Sí las hay en las habitaciones del Amberes, de Querétaro. Pero en el pasillo descubrí una mesa rodante con los tres entrepaños vacíos. Las recamareras las usan para las toallas, los jabones, las botellas de agua... A hurtadillas metí el carrito, vacío, al cuarto. Ahí no iba a poder escribir, dictaminó Petunia. Sí, puedo, le dije. Lo he hecho en peores condiciones. Cierta vez coloqué la maleta sobre una silla y sobre la maleta la compu y yo sentado en la cama. Sin el respaldo de la silla fue una tortura. El Santa Fe ostentaba cuatro estrellas. Pero el espacio del baño era de unos cincuenta por setenta centímetros. En Europa sería de dos estrellas.

Proyectaba escribir el borrador de un mamotreto policiaco en las tres noches guanajuatenses. Dada mi experiencia anterior, calculé que seis sesiones serían suficientes en tres días para pergeñar un borrador de treinta cuartillas. En un año de trabajo, redondeándolo, agregándole y quitándole, sumaría trescientas cuartillas. Sin embargo aún dudaba. La escritora y astróloga Narda Sol aconseja iniciar la escritura de una novela cuarenta días antes del cumpleaños y el proceso de penúltima revisión durante los cuarenta días posteriores al cumpleaños. A mí me faltaban nueve meses para esas fechas. Pero si el impulso es poderoso, dice Narda Sol, no hay que esperar nada. ¿Experimentaba yo ese impulso? No. Quizá debía esperar nueve meses. Era cosa de someter a prueba mi disciplina. Quería revisar cuatro mamotretos en proceso de hechura, uno tras otro. También escribir estas crónicas de viaje. Pero antes iba a enfrentar las inconveniencias del hotel. ¿Era este un mensaje de los astros para dedicarme a los otros libros? Buscaba aprovechar las tres noches de hotel, y también la atmósfera de Guanajuato. Quizá acompañaría a la familia a ver las momias. Deseaba echarles un vistazo por puro morbo. Las había visto años atrás, y podría incluirlas en el mamotreto a punto de nacer en borrador.

En eso cavilo esta noche. Si voy a arrojarme al vacío lo haré mañana lunes por la mañana. Sólo necesito tres sesiones de diez cuartillas cada una, o seis de cinco. Se me ocurrió echarle un vistazo al cuarto de los chicos. La cómoda era más baja. Ahí podía instalarme.

Hicimos el cambio. Los chamacos, a regañadientes. Entonces vi que la lámpara tenía el foco fundido. (Domingo, 30 de diciembre del 2007).

Ojo, en ese hotel espantan

Podrían haber sido las dos am cuando me despertó un ruido. Era como si alguien quisiera abrir la puerta. No se trataba de tomar por asalto nuestro cuarto de hotel. A menos que fuera un niño o una niña. El empuje era de esa magnitud. Nuestros hijos estaban en otra habitación, padeciendo y haciéndonos padecer su adolescencia. Ellos podrían tumbarla de un empellón o a puntapiés. Un compañero de trabajo de Petunia le había

recomendado el hotel mientras le informaba, como de paso, que ahí espantaban. El hotel había sido construido en 1862. Mis evocaciones de Guanajuato se limitaban a la cantina El Incendio, a las momias y a que un grupo de reporteros habíamos visitado un burdel en las faldas del cerro de la Bufa. Cuando uno de ellos tropezó y cayó rodando como tronco un tanto flexible, bajo la luz plateada de una luna redonda, lo imitamos al creer que era un juego. Con Petunia y los dos chamacos llegamos dos días antes (30 de diciembre) desde Querétaro. De nuevo tuvimos problemas con la señalización en las carreteras. Si estábamos en el punto donde el camino se bifurcaba, el letrero de nuestro rumbo ya no aparecía y tomábamos la ruta contraria. Nos recomendaron un guía para llegar al hotel por las calles laberínticas y subterráneas. Sin guía lo hallaríamos por la noche... Las vicisitudes para llegar no fueron nada comparado con el hotel. Aparte del miniescritorio improvisado en la cómoda alta, sentado en una silla baja, hubo otros problemillas. Inadvertidos para cualquiera, no para alguien de espíritu crítico y obsesivo y compulsivo en este oficio de la escritura, el más lindo del mundo, ha dicho un clásico.

Para salir cuanto antes del cuarto de baño, tuve la firme resolución de no rasurarme. Si giraba, me golpeaba los codos con las llaves de la regadera. Estas llaves había que abrirlas en sentido contrario a lo habitual y también para cerrarlas, sin ninguna lógica aparente. El chorro había que



Armando Fdz. Domínguez

perseguirlo con la cabeza. Para secarme descorría la cortina de plástico y sacaba los brazos con la toalla en las manos. Un hotel de cuatro estrellas... Ahí estaríamos dos noches y tres días. Y habíamos contratado la cena de fin de año. La orquesta era de este mundo y también la estudian-tina. Diez estudiantes pero honoris causa, co- mentó Petunia, por cuarentones. Uno de ellos, moreno, el mayor, se plantó ante la clientela y se picoteó los intersticios dentales con un palillo y con una desvergüenza inaudita. Sirvieron un “sufflé” de alcachofa, crema de almeja y salmón o pavo relleno. Las bebidas se pagaban aparte. Cuando empezó el baile, nuestros hijos se pusieron de pie y se retiraron con ese deslumbrante despliegue de “buenas maneras” de los preparatorianos clasedmedios. Petunia salió en pos de ellos, hecha toda una mamá cuervo, y yo enseguida con mi copa de vino blanco meneándose como bajo una tromba.

La puerta había empezado a golpear con intervalos de segundos. El ulular de una corriente de aire precedía todo movimiento. Lo mismo escuché el zureo de un piquete de palomas insomnes. ¿Cómo era posible? Por la ventanilla del baño vi una bodega y dentro un colchón despanzurrado. Revisé el seguro de nuestro cuarto 122 y puse una silla para evitar el golpeo. La tarde del 31 de diciembre, luego de comer fuera del hotel, decidí tomar el café en la habitación. Pero habían suspendido el servicio a cuartos. Subí veintiocho escalones con la taza. Contaba las horas para viajar a Zacatecas.

No obstante estaba dichoso. Había logrado escribir el borrador de un mamotreto policiaco. Atípico desde luego. Según me ha salido del fondo del alma. No me importó escribirlo en seis sesiones a la orilla de la cómoda, a veces torturándome con la esquina punzante de una cubierta de vidrio. Tampoco imaginé que en Zacatecas nos esperaba algo peor en materia de hoteles. (Domingo 1 de enero/2008)

Viajar... neurotiza

Luego de llegar de noche a la ciudad de Zacatecas, buscamos un sitio para la cena. Petunia iba trinando. En el Hotel Posada pretendían defraudarnos. El frío calaba pero el paso veloz y la neurosis nos calentaron. El fraude es relativo, le dije. En Internet el hotel aparece como de cuatro estrellas con el precio de dos. Tomadura de pelo a medias. Recordé las alfombras raídas y las cerraduras y las llaves del lavabo desvencijadas. Debí calzar la mesa del cuarto con un periódico doblado en tres. Pero la recepción se veía remozada y las paredes de los pasillos cubiertos de madera. Al día siguiente nos cambiamos al Emporio, ese sí de cuatro estrellas, y el doble de precio.

Petunia y nuestros hijos visitaron una mina y se subieron a otro funicular. Yo me quedé encerrado tecleando mi mamotreto policiaco. Abría los ojos y lo primero que deseaba era ponerme a escribir... Ellos se iban de compras y yo seguía en lo mío. Todo iba saliendo mejor de lo planeado.

En Guanajuato, ante la compu, listo para lanzarme al vacío, con la punta filosa de la cubierta de vidrio de la cómoda picoteándome la barriga, supe cómo debía escribir el borrador. Una sola cuartilla con el planteamiento, el desarrollo y el desenlace. Nunca antes había hecho ese experimento. Sólo restaba ir rellenando las tres partes y bajar la intensidad del tecleo cuando la intuición lo determinara. Acaso en la cuartilla cien. Cuando la novela llega a la página cien, se escribe sola, ha dicho el maestro Vicente Leñero.

Petunia había aprobado la ruta Querétaro-Zacatecas-Guanajuato-San Miguel de Allende porque sus dos hijos debían conocer otras ciudades, aparte de las playas. Ellos se mostraron reacios. Querían quedarse en el DF para rolarla y para clavarse ante el X-box. Se quedarán, les dijo la madre, cuando tengan una profesión u oficio y trabajen. Mientras tanto...

Al reunimos, yo los sometía a una rápida encuesta: ¿Qué les gustó de tal o cual ciudad? Los intereses del ser humano cambian con la edad. Obvio, pero Petunia estaba en desacuerdo sin que explicara por qué.

Durante la adolescencia, nuestros hijos tenían intereses en verdad escandalosos para un adulto. Al mayor, en Querétaro, le gustó ¡el fondiú! que comimos quién sabe dónde. ¿Cuál cuna de la libertad? Las momias de Guanajuato inspiró al más macabro de los dos a comprar unos llaveros con réplicas de las momias. En Zacatecas lo mejor habían sido ¡las playeras!

La mamá quiso acrecentar la cultura de sus críos pero ellos se resistieron. Yo me distraje en la carretera observando los anuncios, aprobados por servipoderosos oligofrénicos. Leí varios que indicaban “Falla geológica” a tantos metros. Pero no había ninguna zanja ni temblaba cuando pasábamos ni se abría la tierra. En otro se leía “TIS San Juan del Río”. En una caseta preguntamos qué significaban las siglas. Desde luego el cobrador no lo sabía. Aparte, los letreros que insultan la inteligencia: “No manches cansado”, “En casa te esperan”... Puras memeces. Los topes son ¡“reductores de velocidad”!

Los artistas comerciantes (artesanos, pintores, escultores) no han echado a perder todavía San Miguel de Allende. La acera de nuestro hotel estaba sembrada de potentes luces que te hacen ver como un monstruo. Es para que los turistas retraten las fachada sin que la luz distorsione las fotos.

Atentos a tomar la autopista hacia el DF conseguimos no desviarnos. Como en la gran urbe, para conocer el rumbo, es necesario perderse primero. Un letrero informaba del gasto de 10 millones de pesos, al año se supone, en esos menesteres. Deben hacerles una auditoría para certificar si los redactores tienen un IQ normal y escriben sin faltas de ortografía.

Por fin entras a la zona conurbada y empiezan a arderte los ojos. Entonces “lloras” porque has llegado a la región menos transparente del aire. (Sábado 5 de enero/2008) 🍷